



Rectorado

---

Estimado Doctor Pääbo

Dignísimas autoridades

Rectores

Autoridades académicas, civiles y militares

Claustro de la Universidad de Oviedo

Señoras y señores

¿Qué le diría un sapiens a un neandertal? Curiosa pregunta que late en el título de dos maravillosos libros hechos al alimón por Juan José Millás y Juan Luis Arsuaga. Aunque en este caso quizá fuese más apropiado darle la vuelta a la pregunta y dirigírsela precisamente al profesor Pääbo: ¿Qué le diría un neandertal a un sapiens, o quizá a esta nueva especie, el homo digitalis?

Me aventuro a pensar que le diría que cómo nos hemos complicado tanto la vida, que la vida es más sencilla, que se trata de sobrevivir gozando de cada instante, que es verdad que la vida es dura, pero te acostumbras, que importa mucho el grupo y cuidarse entre sí, que hay que estar alerta y que sobrevivir en este medio hostil e incierto necesita de grupos cohesionados de individuos que se respeten y se defiendan frente al exterior, y hasta que se mezclen como los neandertales y los denisovanos.

Pero se me antoja también que esto mismo le diría el sapiens al digitalis y probablemente así *ad infinitum*.

Porque en el fondo seguimos siendo ese mono desnudo que describía Desmond Morris en su libro homónimo. Una larga línea condensada en genes y cadenas de ADN y ARN que se entremezclan, y mutan y se transforman y evolucionan.

Al final, la vida se construye en una larga tira molecular de dos metros de material genético, un código genético de cuatro letras: la A de adenina, la C de citosina,



Rectorado

---

la G de guanina y la T de timina, como bien explicaba nuestro profesor Carlos López Otín.

Lo único que nos distingue de otras especies es la cultura y la civilización, o mejor dicho, nuestros símbolos y ficciones. Como dijo Ernst Cassirer, somos seres simbólicos.

Esto es un gran misterio, probablemente fruto también de esas combinaciones y permutaciones azarosas de aquellas cuatro letras y nuestro genoma.

Al final, somos un relato. Como dice Irene Vallejo, primero las cuentas y luego los cuentos. Primero contamos y hacemos números para sobrevivir: cuántos somos, cuánta carne o frutos necesitamos, cuánto grano hay que sembrar y cuánto necesitamos recoger, contamos los días, las noches, las lunas y los soles, contamos y contamos. Primero fueron los inventarios.

Llega un momento en el que de la cuenta saltamos al cuento. Contamos historias para mantenernos unidos y colaborar, para poder seguir contando lo suficiente para seguir viviendo y sobreviviendo. Del inventario evolucionamos a las invenciones.

Como nos enseña Noah Harari, sin relato simbólico, y su inseparable compañero, la ficción, sin inventarios e invenciones no hay comunidad, no hay humanidad, solo una especie animal más evolucionada en ciertos aspectos que otras. Sin un relato simbólico, sin lo que Noah Harari denomina “pegamento mítico”, que nos acerque, que soslaye la diferencia para que podamos cooperar eludiendo la individualidad, la singularidad de cada cual, no hay humanidad.

Álvarez Junco dijo que “los símbolos son necesarios, entre otras cosas para relacionarnos con comunidades amplias; para construir esos *demos* de los que formamos parte y sin los cuales es imposible entender una democracia. Con lo cual, para la vida en libertad, un buen tratamiento simbólico puede que sea tan importante como, o más importante que, una explicación racional convincente”.



Rectorado

---

Me fascina pensar que todo esto pueda estar encerrado en una cadena de genes, en el azar de sus combinaciones, en la incertidumbre de lo casual y azaroso.

Quizá lo que le diría un neandertal a un sapiens o a un digitalis es que somos un cuento, un hermoso relato que no tiene fin, desde los primeros contadores de historias, pasando por Gilgamesh, la Iliada o Ulises. Somos un cuento para aliviar la angustia de sabernos puro azar.

Quizá, el neandertal o el denisovamos no tengan preguntas, o no les interesan las respuestas.

Somos la suma de linajes curiosos unidos por el azar genético y la necesidad de símbolos.

Pero ya ven que las cosas no siempre son lo que parecen. Sidrón es un topónimo, y no una forma cariñosa pero no menos petulante de referirnos a nuestra sidra o a un parroquiano que la bebe con desmesura.

No, más bien se refiere a esa formación kárstica muy de aquí donde se acumula agua. Lo que aquí llamamos una olla. El tiempo ha demostrado que, en efecto y como bien dice el padrino del doctorando, se ha visto que la cueva era un contenedor de conocimientos.

Pero alguien tenía que descifrar ese conocimiento oculto. Ese ha sido usted doctor Pääbo.

Sé que nuestro añorado Javier Fortea está de acuerdo conmigo. Él está entre nosotros y deambula en esta sala satisfecho de que su amigo y colega hoy ingrese de pleno derecho en nuestra comunidad académica.

Doctor Pääbo, forma parte usted de ese selecto grupo de los que están en la vanguardia del saber.

Ese grupo escogido que cuida nuestras almas velando por la sabiduría que encierra una minúscula parte de un humano, sus genes, que pone al servicio de



Rectorado

---

la humanidad de forma generosa todo su saber y toda su maestría para avanzar, día tras día, en la búsqueda de respuestas a nuestras preguntas. Para que el azar sea menos azar.

Su padrino ha glosado con criterio y rigor su dilatada y exitosa carrera académica.

No pocos son los lazos que le unen a esta universidad y a los profesores y profesoras con los que guarda estrechos y afectuosos vínculos. Justo es que le devolvamos su generosidad incorporándole a nuestro claustro de la forma más alta y digna.

Ser doctor honoris causa es la máxima expresión de agradecimiento de una universidad para quienes, no formando parte de su claustro, le han prestado servicios extraordinarios y relevantes.

Así es en su caso, y se incorpora a un claustro lleno de grandes méritos.

La Universidad de Oviedo se vanagloria de contar con investigadores e investigadoras de referencia internacional incuestionable en su campo de conocimiento.

No le descubro nada que no sepa ya.

Desde hoy, usted también forma parte de esta comunidad de sabias y sabios.

Estoy seguro de que contribuirá con su magisterio a que sigamos siendo una referencia científica de primer orden.

Termino ya.

Esta universidad atesora un largo historial de ilustres sabios y sabias en el arte de desentrañar la vida.

En este acto, se ha incorporado a una brillante lista de doctores honoris causa por esta universidad ligados a la medicina y a la genética: Francisco Grande



Rectorado

---

Covián, Severo Ochoa, Federico Mayor Zaragoza, Margarita Salas, Sheila Sherlock, Juan Rodés Teixidor, James Chan, Carmine Zoccali o Ricardo Carrau.

Hoy sumamos su nombre a esta lista, y estamos felices de hacerlo.

Gaudeamus Igitur.